



El banco de los tomates

Jesús Urceloy

"(...) sobre esta piedra edificaré mi iglesia (...)"

Mateo 16:18

Para Elisa y Alfonso

Papá, nada más morirse, aprendió a usar el catalejo, luego buscó a una antigua novia y después volvió a la tienda y se sentó en el banco de piedra que hay detrás de los tomates.

–No pongas esa cara de lelo.

Yo tampoco me lo explico, pero ya que vienen así las cosas habrá que tomarlas con determinación cristiana.

–Pero tú no crees en Dios, papá.

–Una cosa es que crea o no crea en Dios y la otra es que no cumpla con ciertas obligaciones metafísicas.

Papá había estudiado filosofía, pero el abuelo Felipe, viendo que tras un par de años de hacer el vago aquello no traía oficio ni beneficio, puso a mi padre a trabajar en la verdulería. Yo también, más por seguir la tradición que otra cosa, había estudiado filosofía, pero no llegué a tercero y entré al poco tiempo a engrosar el negocio familiar.

–¿Y cómo es el más allá?

–Pues no sabría decirte, Luisito –me dijo–, en principio es un sitio muy oscuro y muy lento, y todo lo que haces o piensas es como cuando te levantas con resaca. Pero al rato te acostumbras y empiezas a ver cosas.

–¿Qué cosas?

–Pues cosas: como unas voces que discuten sobre algo que iba bien pero que no se sabe por qué luego va mal, y otras voces que dicen que si patatín que si patatán y, al final, una voz de un señor, que suena como si tuviera una barba muy blanca, se te acerca y te dice que no se preocupe usted que esto lo arreglamos en un pispás. Que mientras tanto dese una vuelta por ahí y en un momento, cuando aparezca el responsable y la cosa se aclare, le avisamos.

Al principio eso de darse una vuelta le pareció imposible, sobre todo porque no se veían ni arribas ni abajos, ni izquierdas ni derechas.

–Reconozco que pensé que tu madre y tú erais unos cabronazos y que me habíais enterrado en la fosa común.

Pero luego las cosas se empezaron a aclarar y gracias a su espíritu deductivo, tras un tiempo de pruebas y ensayos, descubrió que podía moverse allí donde quisiera con sólo desearlo. Fue así como descubrió al contraamaestre de Vigo.

–Yo esperaba que los cementerios estuvieran atiborrados de gente como yo, pero parece ser que la mayoría de los muertos lo primero que piensan es en volver con sus seres queridos y, claro, por allí no queda casi nadie. En uno de mis paseos por el camposanto, sobre un tejadillo, allá en lo alto de una pared de nichos, vi a un tipo vestido de marinero con un catalejo. Se llamaba Juan Fillón.

Primero hizo como si no viera a mi padre y adoptó una postura como la de la estatua de Colón, señalando hacia el oeste, que le quedaba la mar de bien. Pero luego pareció hartarse de tanta pose, carraspeó y le dijo:

–Me llamo Juan Fillón y fui contraamaestre, en Vigo. Ande, súbase aquí conmigo y le enseño a usar el catalejo.

En ese momento no quise decirle nada a mi padre, pero me molestó mucho que no hubiera ve-

nido a vernos nada más morir, como dijo que hacían los otros. Pero debí poner cara de pensar esas cosas porque al instante me respondió que con el tormento que debía tener mamá, a ver quién se presentaba en medio del velorio por las buenas. Además, que menudo disgusto se llevaría la pobre al enterarse que había más allá, con lo atea que siempre ha sido. Yo debí poner cara de pues a lo mejor tienes razón y siguió con lo del contraamaestre.

–Al hombre –decía– lo habían trasladado a Madrid, a unas oficinas del ministerio, pero la morriña del mar poco a poco le fue minando el alma hasta que se murió. Luego, ya muerto, no había querido volverse a Vigo, con la familia, que ya estaban acostumbrados a sus muchas ausencias y no había por qué estar molestándoles, que es costumbre muy gallega entre los muertos. Y si bie era verdad que en Madrid no había mar, el horizonte de aquí tenía mucha más sustancia y entretenimiento.

–¡Se ve cada cosa! –me dijo que le decía don Juan.

Y nada, se hicieron muy amigos y se pasaban el día mirando el horizonte, haciendo posturas, calibrando distancias y otras cosas propias de la marinería. Y así hasta que mi padre se aburría y un día, en que subidos en el terraza del Círculo de Bellas Artes estaban mirando a la gente pasar, mi padre se acordó de una novia que tuvo a los veinte y que era cinco años mayor que él.

–Seguro que ya se habrá muerto –dijo.

–No sé –respondió don Juan–, las mujeres son muy raras. Las hay que se mueren de un airecillo y otras que resisten galernas a las que no se enfrentan almirantes muy bragados. Se lo digo yo, que he tenido una en cada puerto.

–Bueno –dijo mi padre–. Yo, por si acaso, voy a probar.

Y tras darle un abrazo muy grande a don Juan, y prometiendo visitarse mutuamente una de esas eternidades, papá deseó con mucho ánimo volver a verla. Pero la falta de entrenamiento o acaso la falta de claridad en el recuerdo le llevó ante una señora de Murcia llamada Concepción que hacía calceta en un cuarto enorme. Al parecer, el

más allá se parece mucho a esas habitaciones grandotas de los colegios electorales cuando vas a votar, sólo que vacías, con tres mesas y cuatro sillas, y lo peor, sin nadie que te indique donde están los baños.

—No se preocupe, que ya estoy acostumbrada —dijo, sin dejar de hacer calceta la señora de Murcia—, parece que tengo unas facciones tan generales de mujer que cuando no se piensa con claridad soy el destino de muchos primerizos. A mí me viene muy bien, que yo en vida me morí sin conocer varón y ahora hay días que no doy abasto. Estos calcetines que estoy bordando son, valga el ejemplo, para un señor asturiano majísimo. Lo que usted tiene que hacer es pensar con más intensidad en dos o tres cosas de la persona amada a la vez, por ejemplo en los ojos, en la nariz y en algún lunar de esos que salen donde usted ya sabe. Así se reducen mucho las posibilidades de fallo.

Mi padre probó de nuevo, cerrando los ojos y deseando con mucha intensidad, pero al abrirlos seguía allí la señora de Murcia.

—Eso debe ser que tiene usted a su antigua novia muy idealizada, y claro, las mujeres, como todo bicho viviente, también cambiamos con la edad. Piense usted en algún valor no anatómico, como su manera de freír los pimientos o la ternura con que le miraba en el cine y verá cómo la encuentra enseguida.

Pero mi padre sólo se acordaba de que tenía los ojos verdes, el culo gordo y que se llamaba Teresa, y así no había manera y a cada intento siempre le salía la señora de Murcia llamada Concepción. Al rato le dijo que cogiera una silla y se sentase junto a ella, y que si quería meterla mano que no había problema y así podrían pasar el rato tan ricamente: ella haciendo calceta y él metiéndola mano. Pero que si quería ir más lejos que no, no vaya a ser que viniera de repente el asturiano, porque los asturianos, según ella estaba aprendiendo, a las buenas son los mejores hombres del mundo, pero que a las malas sólo hacían, según tenía entendido, templar gaitas, que no sabía en qué consistía, pero que sonaba muy mal.

—Ya me empezaba a aburrir cuando pensé en ti, Luisito, y me dije, qué pena tan gorda debe tener mi hijo, sin un padre que le enseñe a tirar la peonza o que le lleve los domingos al Retiro, a ver la banda de música.

—Papá, que ya no cumplo los treinta. Además, tú siempre decías que eso de la banda era un entretenimiento para ociosos, domingueros y burgueses.

—No, si todavía tendrás razón, lo que pasa es que en el más allá, como no se cumplen años, todo se confunde y piensas un rato como cuando tenías ochenta y otros como cuando tenías doce.

—¿Y ahora cómo piensas?

—Ahora bien, desde que estoy contigo en el mercado me da la sensación de que racionalizo mejor y que me voy haciendo más cartesiano. Y ten cuidado, que esa señora te acaba de robar un buen puñado de perejil.

Yo le dije con los ojos que daba igual, que el perejil es gratis de toda la vida de Dios, y que las clientas podían coger lo que quisieran.

—Por cierto, hablando de perejil, ¿cómo está tu madre?

—Al principio de morirte tú no sabría decirte, porque igual agarraba un berrinche que no había quien la consolara o se ponía a reír, con unas carcajadas muy graciosas que contagiaban a todo el mundo. Luego se le pasó, dijo no se qué de no poder seguir así, con los brazos cruzados, y que había que hacer algo para no caer en la amargura y el tedio. Así que ha vuelto a abrir la tienda.

—¿La pescadería?

—Sí.

—¡La madre que la parió!

Mi abuela, doña Federica, alias “La Jurela”, había regentado la pescadería de la planta baja desde que don Abundio, su marido, resultó muerto una mañana de abril en el Mercado Central de Puerta de Toledo. El hombre, que cargaba a sus espaldas su buena caja de jureles, sufrió un resbalón, cayendo bajo las ruedas de una vagoneta que le seguía rampa abajo llena de bacaladitos y sardinas. “Decidle a la Federica que los venda a seis, no por menos”, parece ser que fueron sus últimas palabras. Mi madre, Mercedes, “La Jurelina”, he-

redó la pescadería en el setenta y seis, cuando su madre, la misma noche de San Silvestre, murió de un empacho de camarones y quisquillas. Antes de entregar su alma se la oyó musitar: “A ocho, Abundio, los he vendido a ocho”.

—Ahora mismo me voy a verla — dijo mi padre.

Yo le miré con una cara muy triste, llena de lágrimas de esas que están a punto de salir pero que se resisten en los ojos. Afortunadamente vino una clienta y me pidió un saquito de cebollas. Cuando se fue, papá me miró como si me cogiera de los hombros y me sacudió con mucho cariño.

—A ver, Luisito —me dijo— dime qué pasa.

—Se ha casado.

—¿Que se ha casado? —me miró estupefacto—.

¿Con quién?

—Con Matías.

—¿El de los ultramarinos?

—Sí, papá.

Entonces no lo pude resistir más y no tuve más remedio que ponerme a cortar rabos de puerros y cebollinos para hacer como que no lloraba de verdad, y si venía alguien no dijese ahí está el tonto del verdulero todavía con la pena, que los hay que no tienen remedio y no hay manera de que entierren a su padre.

—¿No ibas a ver a mamá?

—No, hijo mío. Se me han quitado las ganas.

Y volvió a sentarse en el banco de piedra que hay justo detrás de los tomates.

—¿Te he contado alguna vez la historia de este banco de piedra, Luisito?

—Alguna vez, papá.

—Pues déjame que te la cuente de nuevo.

Para entrar a la planta baja del mercado de Antón Martín se accede muy bien desde la puerta del pasaje de Doré, donde está el cine, cerca de la calle de Atocha, casi al lado de una tienda de navajas y cuchillos de las más antiguas de Madrid. Unos escalones llevan arriba o abajo, junto a una rampa para las cajas. Al menos tres generaciones de hijos de tenderos nos hemos tirado por esas rampas, como si fueran toboganes, y más de uno se ha dejado media cabeza, como cuando nos arrojábamos a bulto, unos sobre otros.

—A tu madre la conocí en una de aquellas bofetadas. Primero fuimos amigos y luego novios. Cuando por las tardes volvía de la facultad para ayudar a mi padre, torcía siempre a la derecha, para pasar frente a la pescadería. Yo le tiraba un beso a tu madre y ella gritaba: “Hay que ver cómo está el bacalao”, o “Cómo viene hoy el pulpo”. Y cosas parecidas. Luego soltaba una risa, se arregangaba, y me guiñaba un ojo.

El puesto de verduras quedaba en la otra esquina, y mi padre, cuando quería ver a su novia, tenía que ponerse de puntillas detrás de los tomates, que era el único sitio que vencía la arista y permitía mirar más allá del borde.

—Tu abuelo Felipe se tiró una noche entera metiendo piedra y cemento para hacer el banco. Al día siguiente me dijo: “Es para que no espachurres los tomates.”

Agachó entonces la cabeza y musitó, lo justo para que yo le oyera:

—El molde de la gente como tu abuelo se quebró hace muchos años y nadie lo ha sabido recomponer.

Después, sin cambiar de postura y con una voz más apagada, acabó por preguntar:

—¿Cuántos años llevo muerto, hijo?

Yo le dije la verdad, que ya iba para los tres.

—¿Tres años? —me miró con espanto.

—Tres años, papá, ni más ni menos.

—¡Y yo que creía que el tiempo es circular!

—El tiempo es una mierda, papá. Una verdadera mierda.

Después de morir, mi padre aprendió a usar el catalejo, quiso ver a una antigua novia y volvió a trabajar conmigo, en la verdulería que tenemos la familia en el mercado de Antón Martín. Algunas noches, cuando voy a echar el cierre, veo que se sienta en el banco de piedra detrás de los tomates y cierra los ojos muy fuerte antes de desaparecer.

Ilustración: Pablo Moncloa



El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado de Antón Martín**.